

¿Sujeto social o subjetividades emergentes?*

Lilia Esther Vargas Isla
*Lidia Fernández Rivas***

Y la dificultad no radica en conciliar, en el plano de los principios, la necesidad de la historia individual y de la historia social; la dificultad reside en ser capaz de tener sensibilidad para ambas al mismo tiempo y en conseguir apasionarse por una de ellas sin por ello olvidar a la otra.

FERNAND BRAUDEL

El alma nunca piensa sin fantasmas

ARISTÓTELES

Estas reflexiones se centran en el tema de las subjetividades presentes en el movimiento que se gesta a partir del sismo de 1985. Surgen como producto del trabajo de campo que se inicia a fines de 1989 y se prolonga hasta 1992, al cual fuimos convocados por las organizaciones populares de los colonos damnificados en el Centro Histórico de la Ciudad. Las organizaciones solicitaron a la Universidad Autónoma Metropolitana asesoramiento psicológico para dilucidar los obstáculos que se presentaban en relación a la participación comunitaria.

Quisiéramos puntualizar, antes de hacer referencia a la experiencia concreta, algunos presupuestos teóricos con los que nos aproximamos al campo de trabajo. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de la subjetividad de los movimientos sociales?

Cada disciplina nos habla de un sujeto determinado por su particular punto de mira, sujeto étnico, sujeto del inconsciente, sujeto político, sujeto de la historia, etcétera; es decir, que hacen una lectura y un recorte de la realidad de acuerdo con su campo específico de interés.

* El trabajo de campo y algunas de las reflexiones que aquí se expresan, fueron un producto grupal del equipo formado con nuestros compañeros y amigos: Graciela Rahman, Gabriel Araujo y Martha Elba Lopez. La organización e interpretación final del documento es de responsabilidad exclusiva de las autoras.

** Profesoras investigadoras en la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, en el departamento de Educación y Comunicación.

Pero cuando intervenimos en un movimiento social concreto, encontramos que cualquiera de estos intentos resultan insuficientes para comprender esta realidad irreductible a cualquier modelo teórico. Sólo tomando en cuenta la conjunción de múltiples perspectivas e integrando como una variable interviniente al propio investigador, podremos aproximarnos a ella y hacernos algunas preguntas para poder actuar.

En este trabajo elegimos como escala de análisis las subjetividades presentes en el movimiento, sin pretender concluir que este abordaje sea el único posible, ni tampoco que explique la totalidad del proceso.

En la sociología clásica, las subjetividades aparecen determinadas por lo social, la sociedad se impone al individuo, y parecería que el sujeto no tuviera ninguna posibilidad de intervención en los movimientos en los que participa; para nosotros, los sujetos no son determinados, pero tampoco preexistentes al tejido social, son sujetos transindividuales en los que la relación con el otro es fundante y como tal intervienen en la producción de subjetividades sociales. Es difícil establecer un adentro y un afuera en este proceso porque las subjetividades emergentes y el sujeto son mutuamente constituyentes. La historia personal se teje sobre las redes simbólicas que determinada cultura ofrece, pero se tiñe con los acontecimientos vividos en su singularidad por el sujeto, atravesado por fantasmas, ilusiones y deseos resignificados desde un presente perpetuo. Por ello, no pensamos en la subjetividad como un fenómeno exclusivo de la conciencia. El sujeto, se constituye en sus prácticas, produciendo subjetividades colectivas, en las que intervienen procesos reflexivos, pero también una irracionalidad y desconocimiento constituyente que denuncia como aventurada cualquier forma de predicción o control absoluto sobre las acciones. Pero esto no significa que sustentemos, como en otras posiciones frente al problema, a la subjetividad como algo contrapuesto a lo objetivo o a lo material y observable. Las subjetividades también producen efectos que se expresan en los movimientos sociales promoviendo cambios, otorgando sentidos que intervienen en la orientación que adquiere la sociedad.

Pensamos que el olvido del sujeto y el borramiento de las diferencias que acontece, si desoímos su historia y su inscripción particular en la memoria social, puede dar lugar tanto a una

impuesta homogeneización de las identidades producida por el control de los discursos y las acciones, como a la cosificación y alienación del hombre en el sistema capitalista. Este sistema, bajo el discurso encubridor del respeto al individuo, disuelve las identidades colectivas derivadas de los procesos e impone una racionalidad regida por la lógica del capital y la ganancia. De algún modo, los movimientos sociales aparecen como intentos, conscientes o inconscientes, de los grupos por recuperar algún control sobre sus vidas.

El sujeto contribuye con su historia singular en la construcción de identidades colectivas, y sus deseos o sus demandas pueden actuar como elementos de resistencia o facilitación a las distintas formas de dominación.

En los movimientos sociales, aparentemente, el sujeto pierde su autonomía y su palabra, desaparece detrás de prácticas y discursos, constituyendo nuevas subjetividades que lo convocan. Pero hay momentos de ruptura, donde las identidades colectivas se disuelven o presentan contradicciones que facilitan la presencia y acción de este sujeto constituido por múltiples redes de pertenencia, que puede mostrar diversos rostros según el carácter de las grupalidades en las que participa.

Los movimientos sociales presentan discontinuidades orientadas por prácticas, a veces divergentes, que denuncian las diferencias tanto ideológicas como económicas o deseantes de los participantes en los mismos.

Según Foucault, las formaciones de poder constituyeron la subjetividad moderna, su análisis político parte de un campo múltiple y móvil de relaciones de fuerzas asimétricas, que actúan a partir de dispositivos técnicos y discursivos para producir un tipo de individualidad propia de la sociedad occidental. Una aportación fundamental de este filósofo, ha sido pensar los distintos modos de subjetivación y tematizar las condiciones de posibilidad de emergencia de determinado sujeto en la historia. (Foucault, 1988)

En nuestro análisis, retomamos estas consideraciones y evitamos todo intento de explicar de manera absoluta los movimientos sociales a partir de una determinación unilateral. Nuestro interés reside en mostrar la importancia de los aspectos subjetivos que entran en juego en los procesos constituyentes de los movimientos sociales. Razones teóricas y metodológicas nos conducen a no

hacer un análisis exclusivo de los mismos, sino a ubicar las subjetividades emergentes en un contexto estructural.

Cada comunidad se constituye como una red de relaciones donde intervienen sus mitos, su lengua, sus creencias y su historia.

Pero también intervienen, especialmente en las comunidades urbanas, discursos y acciones que proceden de otros sectores de la sociedad. Por ello, no es posible señalar un centro privilegiado que indique el origen o la causa última de los movimientos sociales, ya que en los distintos momentos de su gestación, aparecen desplazamientos, aparentemente fundantes, que van desde determinados sujetos que pueden ejercer un liderazgo, o grupos que comparten un proyecto o creencia y que centralizan la acción, hasta un elemento detonante exterior, como el sismo del '85, que pone en movimiento y enlaza acciones colectivas de grupos que antes permanecían aislados o que ni siquiera se habían constituido como tales. Los procesos sociales son siempre históricos, y en su transcurrir aparecen distintos perfiles correspondientes a las cambiantes identidades de los grupos en juego.

En el movimiento social que se consolidó a partir del sismo, intervinieron múltiples factores y dinamismos, tanto estructurales como coyunturales. Podemos construir diferentes escalas de comprensión, desde aspectos que corresponden a la singularidad de las familias que perdieron su vivienda, hasta los factores macrosociales que estaban ya presentes en el terreno como partidos políticos de oposición, movimientos inquilinarios, en relaciones casi siempre litigantes y conflictivas con el Estado.

El trabajo de campo, nos llevó a considerar una doble articulación del movimiento emergente que se hizo presente en el '85, el aspecto novedoso o espontáneo del mismo y el nivel organizativo y reivindicatorio que lo precedía.

Previo al sismo de 1985, ya existían algunas organizaciones de barrio, organizaciones culturales y otras fuerzas políticas que se movilizaron frente a acontecimientos comunitarios relevantes. Lo que realmente resultó inesperado fue la fuerza, la capacidad de convocatoria, organizativa y de gestión que el movimiento adquirió frente al Estado, a la sociedad civil y a la mirada de las organizaciones internacionales. Estos elementos jugaron un rol fundamental en la consolidación de la identidad del movimiento, y en el reconocimiento y necesidad de negociación por parte del Estado,

que intervino siempre obturando la producción de acciones colectivas.

El sismo del '85 disparó un poder imaginario colectivo¹ que tuvo su soporte en las carencias compartidas por múltiples familias de la comunidad. En esta catástrofe se puso trágicamente en evidencia la relación constitutiva del hombre con la muerte y este episodio movilizó de manera unitaria los deseos de sobrevivencia de los pobladores. El sismo vino a ocupar, para muchos, el lugar de un mito de origen del movimiento social que se consolidó en el '85. Una corriente de solidaridad unió a las distintas grupalidades presentes que se identificaban a través de necesidades comunes. La pérdida de la vivienda y de los seres queridos fue el elemento aglutinador del movimiento. Pero cuando la emergencia desaparece, los damnificados reciben viviendas y la vida cotidiana vuelve a su cauce normal, también el movimiento parece debilitarse en cuanto a la participación de gran parte de la sociedad civil afectada, y en boca de alguno de sus participantes, se invoca la necesidad de otro sismo, como si existiera la ilusión del mismo como origen y causa última del movimiento.

Pero pese a estas vicisitudes y repliegue, este momento de derrumbe significó un profundo cambio, no sólo en la configuración de la comunidad, sino también en las relaciones intersubjetivas; los vínculos entre las personas y los grupos sufrieron rupturas y nuevos reacomodos, que hicieron posible una red de relaciones donde se perfiló la emergencia de un nuevo sujeto social.

Manuel Castells entiende los movimientos sociales urbanos como "sistemas de prácticas sociales contradictorias que contravierten el orden establecido a partir de contradicciones específicas de la problemática urbana" (Castells, 1973: 3).

En esta problemática cuentan en primer lugar las condiciones de la vivienda, aun cuando también entran en consideración otros aspectos o situaciones de la vida cotidiana, como acceso a los servicios colectivos, escuelas, hospitales, guarderías, centros culturales, etcétera.

¹ El concepto de imaginario social, se utiliza en el sentido que lo hace C. Castoriadis, no como ilusión o falsificación, sino como flujo autocreador que actúa en las prácticas sociales como elemento organizador del comportamiento humano y de las relaciones sociales, independientemente de su existencia para la conciencia de la sociedad.

La carencia total o la insuficiencia de estos servicios para las poblaciones marginales, producto de la economía capitalista, se convierten en objeto de reivindicaciones sociales y son el motor de organizaciones que aúnan sus fuerzas para hacer visibles sus demandas frente al Estado, pero son también, en otras ocasiones, motivo de aislamiento o implementación de formas de vida alejadas de los patrones habituales .

En este proceso denominado movimientos sociales o urbanos, se incluyen diversidad de sujetos, objetivos, liderazgos, formas de organización y concepciones políticas, junto con metas y proyectos que los movimientos sociales se proponen. Pero todos estos elementos se subordinan a un factor que centralmente los caracteriza, que es su situación de subordinación frente a los aparatos de dominación.(Camacho, 1990:124)

Los movimientos sociales son expresión de la sociedad civil y no forman parte del aparato del Estado. Aun cuando su surgimiento responda a determinados objetivos específicos en el curso de su desarrollo, tienden a convertirse posteriormente en movimientos políticos. A veces estos movimientos generan organizaciones como en el caso del sismo del '85, pero no siempre los objetivos del movimiento se identifican o confunden con los de la organización.

Ésta actúa generalmente como mediadora con otros organismos para alcanzar la consecución de los objetivos, y puede muchas veces rebasar el sentido que otros protagonistas del movimiento le otorgan. Este carácter heterogéneo del proceso imprime modalidades de funcionamiento que pueden oscilar entre un alto grado de estructuración y participación y otros de repliegue y ausencia, sin que esto signifique que el movimiento haya desaparecido.(Camacho, 1990:126)

El movimiento social que cristalizó durante el sismo de 1985, tuvo como característica central la heterogeneidad de sus protagonistas: agrupaciones religiosas, políticas, internacionales, académicas, pobladores anteriormente sin voz en este tipo de procesos (aun cuando su ausencia fuera muy elocuente, y aun cuando su palabra fuera objeto de expropiación por parte de muchos grupos que creían representarlos y tomaban por ellos la palabra), se hicieron presentes contribuyendo al proceso de constitución de un nuevo sujeto social.

En las prácticas que los protagonistas del movimiento social pusieron en juego, ocupó un lugar central la historia previa de la comunidad, su proceso de constitución así como el carácter y origen ocupacional y socioeconómico de sus integrantes, elementos todos que confluyeron en su particular identidad.

Tiempo y espacio, dos ordenadores centrales de la subjetividad, fueron trastocados y alterados en el momento catastrófico del terremoto del '85.

En estas comunidades, un corte abrupto alteró el precario equilibrio en que vivían. Las casas se derrumbaron, los espacios conocidos se perdieron, los límites se borraron, dando paso al caos y a los escombros. Los relojes estallaron y el tiempo se precipitó como una fuerza extraña alterando los ritmos habituales del quehacer cotidiano. El trabajo, la escuela, la vida familiar, se suspendieron; día y noche se confundieron en la búsqueda y el rescate de los seres queridos.

Frente a la falta de respuesta de las instituciones establecidas para tal fin, la sociedad civil se organizó y luchó por nuevas viviendas, alimentos para sus hijos, guarderías, servicios de salud. ¿Qué significó este corte en la vida de esta comunidad? ¿cómo se articula con un antes? ¿qué derrotero adquiere el después? Muchas preguntas surgieron entre nosotros, pero lo que nos convocó a trabajar con ellos fue entender las condiciones de producción de este movimiento, la historia de esas organizaciones, los lazos de ese nuevo sujeto social con los episodios de su pasado, y por consiguiente con su subjetividad. Nos preguntamos qué marcas deja la historia en las identidades de los grupos, y cómo ésta se articula en las nuevas subjetividades emergentes que se hicieron oír a partir del sismo del '85.

Pensamos que lo olvidado, lo negado, las ausencias, producen efectos sobre lo nuevo, y que el desconocimiento de los procesos supone una forma de alienación y, por consiguiente, de obstáculo para la acción.

Este trabajo fue organizado tomando en consideración dos variables, los elementos históricos y estructurales que aparecen como antecedentes del movimiento y los coyunturales que ejercen su influencia desde el sismo. A partir del trabajo de campo, nuestras fuentes de investigación fueron centralmente los testimonios de los participantes en el movimiento y los documentos de las organiza-

ciones. Por ello, tal vez la información aparezca como insuficiente o parcial, pero esta opción deriva de nuestro interés por hacer una lectura del proceso constitutivo del movimiento, desde el discurso de los participantes, para rescatar justamente los factores subjetivos.

En el primer nivel describimos el barrio de Tepito, las características de la vivienda y los antecedentes políticos, para pasar luego a describir lo acontecido a partir del sismo del '85, la ayuda internacional y de otros organismos no gubernamentales, la participación primordial de la mujer y cómo la conjunción de estos elementos contribuyen a la emergencia de nuevas subjetividades que derivan en la constitución de un incipiente sujeto político.

El barrio de Tepito y la problemática de la vivienda

El viejo centro de la ciudad, que ya desde la época prehispánica, durante la Colonia y aun en el México moderno, ha sido núcleo de la vida política, administrativa, financiera, comercial y cultural del país, ha constituido también el asiento de los más antiguos barrios populares entre los que Guerrero, Tlatelolco y Tepito, han tenido y tienen un lugar especial. Es precisamente ahí, en Tepito, donde se encuentra la sede de la mayoría de las organizaciones populares con las que tuvimos oportunidad de trabajar durante dos años. "Lugar nunca oficialmente existente... el barrio de Tepito sólo existe en la mente de los habitantes del barrio como punto de identidad... es una forma de vida, un marco de referencias... una forma de decir..." (Ramírez, 1989:15) En Tepito ha corrido mucha sangre y sobre él, mucha tinta.

Tepito, en náhuatl Tepitoyotl, "cosa pequeña", barrio bravo y tenaz que muchos han pintado y cantado y que en muchos aspectos ha conservado un halo de mito y leyenda. Lugar de artesanos y de comerciantes, de artistas, de prostitutas y ladrones, origen de muchos héroes populares, donde se baila en las calles, donde cada uno se las arregló siempre para espantar al miedo, al rencor, al hambre.

"Todo cabe en el Tepito de la leyenda queriéndolo acomodar" dice Carlos Monsivais. Los sismos estremecieron toda la zona metropolitana, pero ahí, también agitaron conciencias y tradicio-

nes. En aquella gente aguerrida, acostumbrada a luchar minuto a minuto por su supervivencia, se produjo una reacción diferente a la de otros afectados y hoy están aprendiendo a luchar de otra manera, a organizarse, a hacerse oír, a convertirse en un lugar "oficialmente existente", con una fuerza y una capacidad de negociación frente al Estado y frente a otras instituciones nacionales e internacionales, que nunca antes tuvieron en forma tan contundente y eficaz. Así, junto a la magia del viejo, ha nacido un Tepito nuevo.

En la ciudad de México, la crisis de la vivienda ha sido un factor fundamental en la gestación de diversos movimientos. Un prolongado proceso de regularización de la tenencia de la tierra que nunca llega a su fin, ha sido por años su característica central.

El fenómeno de la migración a la ciudad capital como efecto de la concentración de poderes y "oportunidades", fue particularmente intenso a fines del siglo pasado, cuando se formaron los más antiguos barrios de la ciudad. Habitando casas que databan de la colonia o en edificios y vecindades construidos durante el porfiriatto por empresarios extranjeros para los trabajadores, y dedicándose a actividades fabriles o artesanales, los inmigrantes de provincia fueron poblando la zona. Pero alrededor de la década de los cuarenta, con el crecimiento demográfico, la desatención en el mantenimiento de las viviendas, por parte de los propietarios, debido al decreto de rentas congeladas y a los intentos de desalojo (las más de las veces violentos), hicieron de la vivienda uno de los problemas más agudos de los pobladores. Antes de los sismos del '85, más de las dos terceras partes de la población de la zona habitaban en vecindades. Las viviendas eran de dimensiones mínimas, 20 ó 30 metros cuadrados para albergar a familias de 5 a 7 miembros, y en muchas ocasiones estos pequeños cuartos hacían también las veces de talleres de trabajo o de bodegas, según las características ocupacionales de sus habitantes.

Los servicios sanitarios eran de uso colectivo. Un sanitario daba servicio a cinco o seis viviendas y cada regadera, al doble. Los lavaderos, lugar central de intercambio entre las mujeres, generalmente al centro de los patios de las vecindades, eran también de uso colectivo. Tales condiciones de hacinamiento y promiscuidad, aunados a la miseria derivada del desempleo o subempleo, facilitaban la prostitución, el alcoholismo, la drogadicción y la violencia

en las relaciones familiares y vecinales. Sin embargo, tanto la distribución del espacio, como la problemática social compartida, creaban una identidad colectiva caracterizada por una aceptación mutua y un código de comunicación que facilitaba las condiciones de subsistencia. Las redes familiares y vecinales, implicaban también sólidos vínculos de apoyo frente a las agresiones externas. La defensa de la vivienda frente a los lanzamientos encabezados por la policía y el cuerpo de granaderos, era una de las más enconadas luchas populares.

Por ello, la lucha por la vivienda, dados sus antecedentes, ocupó en este movimiento un lugar central. La gente no quería ir a vivir a otras colonias, no aceptaba la vivienda si no era la suya, "el arraigo", jugó un rol fundamental en la constitución de esta nueva identidad grupal, "todos nos aconsejamos que de aquí nadie se movía".

Algunos antecedentes políticos del movimiento

En el nivel de las medidas estatales que intentan contener una creciente inconformidad, principalmente de las "capas medias" y de los "sectores populares", después de los violentos sucesos del '68 y del '71, el Estado inventa un nuevo órgano de participación ciudadana: la "Junta de vecinos", a partir de los "Comités de manzana". Esta nueva instancia, que bajo el supuesto objetivo de crear canales directos de comunicación entre cada individuo y el gobierno, y el de dar eficaz respuesta a las demandas populares, no tenía otra mira, pensamos, que contar con un termómetro del malestar social, controlar a la ciudadanía y apropiarse del mérito de toda reivindicación. Iniciativa de "democracia" controlada, reglamentada e institucionalizada del poder estatal, que no encontró eco en la mayoría de la población en la que se esperaba germinara.

Otra medida gubernamental fue el "Plan Tepito", en operación durante el período 1970-1980. El plan implicó la demolición de 920 viviendas y la edificación de sólo 556, para la construcción de ejes viales, dejando a muchos pobladores sin techo y expuestos al pillaje de agentes corruptos, lo cual, si bien afectó a toda la ciudad, en la Colonia Morelos significó una agresión directa a los colonos, ya que sin consulta previa ni soluciones alternas reales, fueron arra-

sadas 300 viviendas y el barrio quedó dividido por grandes avenidas. Estas acciones que podrían desembocar en una fragmentación cada vez mayor de la acción comunitaria, propiciaron la organización ciudadana para la defensa de sus intereses, mucho antes de los sismos del '85. En la Colonia Guerrero existía ya una organización que se ocupaba del problema de la vivienda. En Tlatelolco se funda, a principios de los ochenta, la "Coordinadora de cuartos de azotea de Tlatelolco" (CCAT).

La organización Peña Morelos, que surge en 1976, fundamentalmente para aglutinar a los jóvenes en torno a actividades culturales, organizaba también charlas sobre salud, sexualidad y otros temas. Fundó, posteriormente, la "Unión de inquilinos", que ante la construcción de los ejes viales realizó una obra teatral: *Qué onda con los ejes viales*. Desde entonces, la "Organización Peña Morelos" estableció contacto con diversos sindicatos nacionales y con grupos sandinistas, salvadoreños, guatemaltecos y chicanos. Al decir de uno de sus más antiguos dirigentes, "nos conocían y confiaban en nosotros".

En la "Unión popular Valle Gómez", también existía una organización para la defensa inquilinaria ante los desalojos. Uno de sus líderes plantea que la tragedia de San Juan Ixhuatepec fue una especie de "preámbulo", de "ensayo general", para las acciones de apoyo y solidaridad que se darían con el acontecimiento del sismo. "En San Juanico, nosotros empezamos a vislumbrar esa necesidad de la gente de participar, de ser solidaria, de enfrentar las cosas sin tener que contar con el gobierno y de decir que las cosas pueden mejorar..." El programa de Valle Gómez incluía planes de acción y de abasto, de empleo, de salud y de educación, aparte de los de vivienda.

Contando con la colaboración de instituciones de educación superior desde tiempo atrás al sismo del '85, como fue en ocasión del temblor de julio del '57, las organizaciones han tenido iniciativas importantes en las que invariablemente interviene el gobierno y coarta el impulso autogestivo. A raíz del sismo del '85, la gente de la colonia Morelos elaboró un censo local y estaba edificando la vecindad de la calle de Obreros número 12. La gente que en ese momento carecía de empleo y necesitaba vivienda, se ponía a trabajar para construirla. En esa etapa, se llegaron a realizar numerosos proyectos aprobados por el Instituto Politécnico Nacio-

nal. Pero "cuando el gobierno llegó aquí... vino a dividirnos... hay imposibilidad de competir con el gobierno y su falta de ética. El gobierno estaba dando viviendas al por mayor a los de su partido para contrarrestar la fuerza de nuestras organizaciones", relata un dirigente.

Las iglesias han tenido también una participación que data de muchos años en zonas marginales. Una integrante de la "Unión pastoral social" de la colonia Guerrero, nos habla de las actividades pastorales y sociales organizadas por la Parroquia de los Ángeles para jóvenes, y se refiere a la organización "Fomento cultural de los jesuitas", que tiene trabajo de muchos años en la ciudad y en otros estados de la República.

Las diferentes formas de organización que se generaron en las colonias populares, fueron de defensa por la vivienda, por el empleo, por la obtención de los servicios básicos para la vida cotidiana y de tipo religioso y cultural, pero la experiencia largamente acumulada en las luchas defensivas, constituyó un antecedente fundamental para los efectos sociales, políticos y psicológicos que en la gente de la zona tuvieron los sismos del '85.

Presencia de la ayuda internacional y de otros organismos no gubernamentales

Los sismos del '85 atrajeron la atención del mundo sobre el Distrito Federal.

Desde el primer momento brindaron su apoyo y financiamiento organizaciones como la UNICEF, la CRUZ ROJA, ENLACE, COOSLA, FAC y organizaciones eclesiásticas de distinto origen. Más allá del apoyo inmediato en alimentos, medicinas y brigadas de rescate que brindaron ante la emergencia, algunas de ellas continuaron ofreciéndolo durante un período prolongado.

Este apoyo económico creó las condiciones básicas para la constitución de las organizaciones incipientes, en asociaciones civiles con personalidad jurídica, ya que era la única forma de poder recibir y administrar las donaciones y apoyos financieros de estas fundaciones de manera directa sin intermediación del Estado.

Esta institucionalización de las organizaciones tendrá luego repercusión en su posibilidad de sostenerse cuando la emergencia

desaparece, ya que la participación en un proyecto a largo plazo y con un carácter más amplio de tipo social y económico, no cuenta con el apoyo de toda la comunidad, y los fondos revolventes se hicieron insuficientes. De las fundaciones extranjeras no sólo recibieron financiamientos, sino también asesoría administrativa, organizativa y de metodología de trabajo. La asociación "Enlace", por ejemplo, aportó fondos para la adquisición de lavadoras para montar una lavandería comunal y realizó aportaciones para la instalación de los centros de desarrollo infantil. Las iglesias ampliaron su participación social frente a los sismos. La "Fundación de Apoyo a la Comunidad" (FAC), creada por el arzobispado de México en noviembre del '85 con el objetivo de coordinar las acciones de la iglesia católica en apoyo a los damnificados, se constituyó en el equivalente local de las agencias católicas internacionales de apoyo en casos de desastre. FAC se planteó promover en las comunidades la creación de proyectos para la reconstrucción que serían financiados por la iglesia, y también organizó su apoyo en las áreas de empleo y bienestar social.

En la Parroquia de los Ángeles de la colonia Guerrero, ya existían los centros de apoyo a la comunidad, que organizaron centros de acopio, y ahí mismo, la arquidiócesis de México, fundó la "Coordinadora de solidaridad los Angeles" (COOSLA), organizando brigadas de solidaridad con religiosas y sacerdotes.

COOSLA se desliga de FAC, obtiene donativos y organiza tiendas móviles de productos de consumo básico a muy bajo costo.

La mirada y el reconocimiento internacional a la lucha de los pobladores por la vivienda y la supervivencia, incidió en el vínculo y el lugar que el Estado otorgó a este movimiento.

También queremos señalar la importancia que tuvieron los apoyos de otras instituciones como organismos académicos, educativos, jurídicos y de salud, que dieron su asesoramiento en los distintos niveles de necesidades pero que imprimieron a través de sus prácticas y sus discursos un nuevo carácter, a veces contradictorio o divergente, a las subjetividades ya presentes en el movimiento.

Las múltiples formas de organización y los distintos personajes o coordinadores que participaron en las mismas, crearon un mosaico de discursos provenientes de distintos círculos académicos, religiosos y políticos, que se plasmaron en distintas modalidades

de relación a veces convergentes y en otras ocasiones conflictivas. Observamos como se entrelazan en este movimiento la historia de la comunidad, las características singulares de sus pobladores y su familia, y la historia personal y política de los dirigentes.

La participación de la mujer

En cuanto a la participación de la mujer, es importante indicar que constituyeron entre el 80% y el 90% de los integrantes en el movimiento, según las organizaciones o comisiones de las que se hable. Su inclusión en las diversas comisiones imprimió una dinámica distinta a la que se da con la presencia exclusiva de los hombres. El discurso de los hombres, generalmente más "racional", preocupado por las acciones efectivas y el análisis político, apareció matizado por preocupaciones de tipo familiar, relacional y de vínculos afectivos. Para ellas, el sismo se convirtió en un momento de ruptura y de contradicciones con su historia anterior. Observamos, en muchas de ellas, un transactivismo y a veces confusión entre su identidad de amas de casa, madres de familia y su nuevo rol de participantes en un movimiento social. Este proceso, atravesado por múltiples dificultades y obstáculos, tanto a nivel familiar como grupal, promovió nuevas formas de relación en sus hogares e imprimió al movimiento características peculiares, tanto en la organización del tiempo y del espacio, como en las modalidades de relación con los líderes que eran en la mayoría de los casos del sexo masculino. El erotismo en ocasiones, y el paternalismo en otras, dejó huellas o impulsó transformaciones en la organización colectiva grupal.

Un documento de evaluación de una de las organizaciones, apunta lo siguiente:

"Cuando las mujeres salen del espacio vital cerrado y exclusivo de la casa y la familia, la lucha por la subsistencia adquiere una dimensión política que vincula la experiencia individual y personal con la experiencia colectiva y masiva, tanto en la lucha por la casa, por servicios, o contra la carestía. Se da un proceso de autovaloración y ganan confianza en sí mismas, se atreven a tomar decisiones y rompen con el modelo de mujer sumisa y pasiva..."

La irrupción de las mujeres en el ámbito público genera, en pequeña escala, una ruptura del orden patriarcal y autoritario y de la dimensión entre mundo femenino y masculino. Incorpora sentimientos y afectos solidarios, lo personal y subjetivo, la demanda de democracia en el hogar, en el trabajo, en la organización; la eliminación de las desigualdades y marginaciones en todos los ámbitos de la vida social.

Otros testimonios dan cuenta, sin embargo, de las múltiples contradicciones que presenta todavía su inclusión en los movimientos.

"Generalmente tenemos mucho contacto con las compañeras, son las que casi siempre se mantienen unidas, más perseverantes, más firmes en lo cotidiano y en las tareas rutinarias... pero todavía son insuficientes las compañeras que dirigen, como que no se corresponde al porcentaje que hay en las bases de la organización..."

La mayoría de ellas no eligieron voluntariamente su participación, ni tenían experiencia previa a nivel político.

La catástrofe del sismo las dejó en la calle, sin techo ni alimento para sus hijos; a partir de allí se gestaron formas solidarias de intercambio para resolver el problema del rescate de damnificados en un primer momento, y luego la obtención de vivienda y alimentos. Para muchas de ellas, esta participación en un movimiento colectivo fue inaugural. Ellas dicen "nacimos a la vida participativa con el sismo".

Los proyectos comunitarios que se llevaron a cabo, tienen una relación directa con el quehacer de la mujer, el abasto de alimentos, la implementación de tiendas móviles, el proyecto de lavandería, los centros de desarrollo infantil, tuvieron como propósito dar un servicio a la comunidad, pero simultáneamente crearon fuentes de trabajo y modificaron la cotidianidad de la mujer, abriéndole la posibilidad de cuestionar el papel asumido a partir de determinaciones de género.

Nuevo sujeto político, nuevas subjetividades

Señalamos antes, que el sismo del '85 marcó un momento de ruptura en relación tanto a la vida cotidiana de los pobladores del

Centro Histórico como a nivel del movimiento urbano popular que se venía gestando desde años atrás. Nuevos actores sociales nacieron a la vida participativa, y ellos imprimieron nuevas modalidades al movimiento.

Destacamos dos puntos de articulación en el análisis de este movimiento: el primero, con la historia y los aspectos estructurales previos al sismo, tanto en el plano de las formas de vida, estructura ocupacional, vivienda, como en relación a luchas reivindicatorias que se implementaron en el pasado. El segundo, con los nuevos elementos que se articularon a este proceso. Entre ellos, elegimos los siguientes por el peso central que adquirieron en la constitución del movimiento:

- a) La participación mayoritaria de las mujeres.
- b) La lucha generalizada por la vivienda perdida.
- c) La presencia de organismos no gubernamentales.
- d) La intervención de nuevos discursos y liderazgos, que imprimieron formas diversas de relación en la comunidad.
- e) La emergencia de un sujeto político que gesta formas novedosas de relación con el Estado.

Ya planteamos la gestación de este movimiento social centrado en un primer momento en reivindicaciones específicas como la vivienda que fue la demanda fundamental, a la que luego se agregaron demandas de atención a la salud, de abasto de alimentos, educativas, etcétera, que formaron parte de los proyectos de las distintas organizaciones. En esta trayectoria en la que participaron distintas grupalidades con divergencias, tanto en sus prácticas, como en sus discursos e ideologías, asistimos a la construcción de un sujeto político, con fracturas y contradicciones, tanto a nivel real como imaginario, pero que no obstante se plantea nuevos objetivos y proyectos compartidos.

Indudablemente, la mirada depositada por las instituciones internacionales, primero sobre la población damnificada y después sobre el movimiento popular, dio a las organizaciones populares una calidad de presencia ya ineludible para el Estado, sobre todo a partir de que constituidas en asociaciones civiles, establecieron vínculos directos en los que el gobierno tenía pocas o ningunas posibilidades de incidir.

Como fue del dominio público, la única que tuvo una respuesta inmediata ante la tragedia fue la sociedad civil. Pero a diez días de

los sismos, el gobierno había organizado una serie de planes, programas, comités y coordinaciones, cuya confiabilidad fue sumamente cuestionada por la sociedad y especialmente por los sectores más lesionados.

El Estado no fue ni sordo ni ciego frente a la emergencia de esta nueva fuerza política. La presión ejercida por el movimiento lo lleva al decreto expropiatorio del 11 de octubre de 1985, que crea las condiciones necesarias para emprender la reconstrucción; 7000 vecindades ubicadas en una extensión de 250 hectáreas, pertenecientes a las delegaciones Cuauhtémoc, Venustiano Carranza, Benito Juárez y Gustavo A. Madero, pasaron de las manos de sus antiguos propietarios a las del Estado. El siguiente paso del gobierno, fue la fundación de "Renovación habitacional popular" (RHP). Al enterarse de la expropiación, algunas personas se confundieron y se incorporaron a las acciones de gobierno, abandonando sus grupos autogestivos. La lectura que las organizaciones hacen de esta nueva instancia, es la de un nuevo intento del Estado por deshacerlas y controlar enteramente la reconstrucción, distribuyendo viviendas en función de sus intereses partidarios y de los recursos económicos de las familias. Como respuesta colectiva a la acción del Estado, 27 organizaciones con alrededor de doscientos mil miembros, crean la "Coordinadora única de damnificados" (CUD) el 21 de octubre de 1985. Su exigencia, no sólo era la de tener participación en las decisiones de distribución de los predios y que se construyeran viviendas para los miembros de las organizaciones y los damnificados de los sismos, sino también para los "damnificados de siempre". Con esta demanda se puso en evidencia un nuevo horizonte de comprensión que no se reducía a la inmediatez del sismo o de la zona afectada, sino que marcaba las carencias estructurales de la sociedad mexicana. Se abrió la posibilidad de ser reconocidos y convertirse en interlocutores del Estado como representantes de la ciudad. Como consecuencia, en mayo de 1986, se creó el "Convenio de concertación democrática" (CCD), fue la primera vez donde se hacía un convenio entre las organizaciones sociales, las secretarías de estado y el DDF. Las bases del mismo eran: el respeto y reconocimiento del gobierno hacia las organizaciones y el compromiso de reconstrucción. Es así que se busca la coordinación de organizaciones políticas, entre las que se encuen-

tra el PSUM, y se reconoce que es entre ellas donde se inicia la coordinación del movimiento.

La organización en torno a la vivienda se centró en la lucha por la obtención legal de predio, la construcción de nuevas viviendas y la reconstrucción de las ya existentes. Distintas visiones políticas se hicieron presentes y mostraron las diferencias en las organizaciones. Algunas, como la "Unión Amanecer del Barrio", defendieron fundamentalmente la autogestión y emprendieron proyectos de autoconstrucción, apoyándose en la ayuda internacional y rechazando las alianzas con el gobierno; otras emprendieron la construcción con sus propios recursos desde los primeros momentos del sismo. En las contradicciones de estas distintas grupalidades se apoya el Estado para contrarrestar la fuerza del movimiento y entregar viviendas a los partidarios de su política. Esta acción, marcó un momento distinto en la lucha, ya que algunas familias al conseguir su casa se retiraron de la participación que antes estaban desarrollando.

Aquí se ponen de manifiesto las divergencias entre las necesidades e ideologías de los sujetos participantes y la dinámica y objetivos de las organizaciones.

Otro aspecto emergente en relación a las características de la vivienda, fue la vinculación entre la distribución del espacio y la construcción de nuevas subjetividades. En un primer momento, los damnificados decían: "El sismo vino a sacarnos de la casa y a obligarnos a hablar de los problemas comunes y las necesidades de cada persona". A seis años de constituido este movimiento, los pobladores dicen: "La colonia ha cambiado, las vecindades ya están desapareciendo, ahora el ambiente es otro, ahora somos condóminos, cada quién tiene sus servicios adentro, independiente". Un miembro de la organización nos comenta: "...ahora que tienen una vivienda digna, participan menos, nosotros los comprendemos, ahora la bronca que tienen es pagar la renta. Nosotros como organización estamos creando fuentes de empleo, comedores, escuelas, mercados, salud, recreación, no creemos que la vivienda sea lo único, hacen falta otros servicios".

Estos y muchos logros, entre los que cabe destacar el proyecto "Morelos" para la atención y prevención de la salud, al que nos referimos en otro trabajo, (Fernández, 1994) y que cuenta con la colaboración de médicos y pasantes de medicina de diversas insti-

tuciones, la creación de los "Centros de Desarrollo Infantil" (CDI) y hasta un periódico de circulación local, así como el desarrollo de otros proyectos por realizar como lavanderías, comedores populares, talleres de costura, una pequeña fábrica de calzado y una radiodifusora local, representan, desde nuestro punto de vista, la insoslayable presencia de un nuevo sujeto social, con capacidad de gestión frente al Estado, con un enorme potencial autogestivo y con voz y voto en la vida política del país.

"Todos los proyectos apuntan a fortalecer el poder popular, donde la gente crea sus propias instancias de trabajo, donde pueda participar, decidir y controlar."

"Pero también el poder popular, se establece sobre bases económicas, es decir no solo ideológicas, por eso se contemplan proyectos productivos: comedor popular, lavandería, pequeña fábrica de calzado y taller de costura."²

Así, este nuevo sujeto político tiene una presencia significativa en las elecciones de 1988, en las que algunas organizaciones participan con candidatos propios. Este ingreso de las organizaciones al juego político y electoral, fue otro elemento que generó nuevos rumbos en el movimiento popular. La evaluación del mismo no corresponde al carácter de este trabajo, pero si podemos señalar que hubo un reacomodo donde la ausencia o los cambios en la coordinación del movimiento a nivel comunitario, incidió en la modalidad de participación de los pobladores.

Indudablemente, los tropiezos, los momentos de desaliento y los obstáculos a vencer, son muchos. Un miembro de la comunidad plantea que:

"...hoy, el gobierno quiere ser el único protagonista de la solidaridad. Hace leyes, organismos, organizaciones, comités y programas, dan regalos o atienden demandas de algunos sectores de la población con gran despliegue de publicidad para demostrar que es el único que puede otorgar solidaridad. Pero lo que hacen, cómo lo hacen y para qué lo hacen, no podrá evitar que se vea como lo que es, la misma política clientelar del PRI, es decir, todo menos solidaridad".

Si bien es cierto que el Estado ha intentado borrar de la memoria colectiva las batallas populares, subsumiéndolas bajo sus

². Documentos de "Organización Amanecer del Barrio".

acciones de "solidaridad", hoy a ocho años del siniestro, el movimiento sigue en pie, y los cambios operados en el ámbito de las subjetividades tienen, creemos, particular trascendencia; la muestra más elocuente de ello la constituyen las mujeres del barrio. Pensamos que en este registro de las subjetividades y las relaciones intersubjetivas es en el que se han producido los cambios más significativos. Los nuevos sujetos que se plantean como constructores de un proceso que a su vez los construye y transforma de manera profunda en su quehacer y sus vínculos sociales, políticos y familiares, emprenden así, un camino irreversible. Como ellos lo dicen: "AQUI NO TERMINA LA LUCHA".

Bibliografía

- Bataillon, Claude y Riviére D'Arc, Héléne, *La ciudad de México*, México, Setenta y Tres, 1973.
- Boschi, Renato, *A arte da assosacao*, Río de Janeiro, Ed. Vértice, 1988.
- Camacho, Daniel, "Los movimientos populares", en *América Latina hoy*, de Vuscovic, P., González Casanova, P., Zemelman, H. y otros, México, Siglo XXI, 1990.
- Castells, Manuel, (1973) *Movimientos sociales urbanos*, México, Siglo XXI, 1988.
- Cano Gorson, Carmen y Cisneros Gudiño, Ma. Teresa, *La dinámica de la violencia en México*, Escuela Nacional de Estudios Profesionales, Acatlán, UNAM, México, 1980.
- De Barbieri, Teresita, De Oliveira, Orlandina, "Nuevos sujetos sociales, la presencia política de las mujeres en América Latina", en *Revista Nueva Antropología*, vol. VIII, no. 30, 1986.
- Deleuze, G., *Empirismo y subjetividad*, Barcelona, Gedisa, 1981.
- Fernández, Lidia y Vargas, Lilia Esther. "La promoción de la salud comunitaria", en *Tramas* nº 5, UAM, 1994.
- Foucault, M., (1988) *Tecnologías del Yo*, Barcelona, Paidós, 1990.
- Henning, Jensen, *Teoría crítica del sujeto*, México, Siglo XXI, 1986.
- Pires-do Río Caldeira, Teresa, "Mujeres, cotidianidad y política" en *Ciudadanía e identidad, las mujeres en los movimientos sociales latinoamericanos*, Elizabeth Jelin (Comp.), Ginebra, UNRISI, 1987.
- Ramírez, Armando, *Tepito*, México, Grijalbo, 1989.
- Crónica de los chorrocientos mil días del barrio de Tepito*, México, Grijalbo, 1989.

Ramírez Saiz, Juan Manuel, *El movimiento urbano popular*, México, Siglo XXI, 1986.

Rapold Dora, "Movilizaciones femeninas: un ensayo teórico sobre sus condiciones y orígenes", *Revista Nueva Antropología*, Vol VIII, no. 30, México, 1986.

Rosales Ayala, Silvano Héctor, *Tepito: ¿recrear el mito o construir la alternativa?* UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Morelos, 1986.

Fuentes documentales

"Documentos de las organizaciones"

"Testimonios y entrevistas con informantes de la comunidad".

"Discurso de las reuniones grupales con los miembros de las organizaciones".